

Crítica de Arte

ROKO MATJASIC

En el año de 1949, tan cargado de actividad pictórica—exposiciones individuales, Salones, certámenes, conferencias, ediciones de libros de arte—se ha producido también un hecho que lo ha enlutado. La desaparición del pintor Roko Matjasic. El artista salía habitualmente en busca del *motif*. Elegía de preferencia el caos intrincado de rocas que marginan la costa de Valparaíso. Esa naturaleza—áspera y a la vez suave—satisfacía su gusto por las formas fuertemente destacadas sobre un fondo reposado y muelle.

Un día—como siempre—Roko Matjasic salió a pintar. No volvió más. Al cabo de algún tiempo apareció en uno de los rincones de la costa, sobre un escarpado, la caja de pintura, el cartón, la silla portátil. El Océano, hermético, ha callado la tragedia.

Es una pérdida para el arte chileno.

Lo es también para la formación de jóvenes valores. Roko Matjasic profesaba en la Escuela de Bellas Artes de Viña del Mar. En este centro artístico adquirió prestigio de hombre bueno y dominador, a la vez, de los graves problemas que plantea la técnica de las artes figurativas. Tenía, en efecto, la conciencia clara, la virtud de no eludir dificultades. Actitud, en una palabra, que rozaba el mundo de la pedagogía y de la docen-

cia. Era, por ello mismo y dualmente, impulsivo y razonador. La «fuga» que demostraba su hacer era más aparente que real. Por debajo de ese impulso, el armazón de unos conocimientos previos ponía su rigor y su norma.

Roko Matjasic era un trabajador denodado, incansable. Era de una extraordinaria fecundidad. La pintura absorbía su actividad dominada por una vocación desdeñosa de otros estímulos.

Perteneció Matjasic al grupo de Valparaíso en el que figuraba también Camilo Mori. Esta generación está situada en un período problemático y fronterizo. Está en el centro de una bifurcación estilística y, por eso, en muchos de sus miembros se puede ver indecisión y duda.

Así también en Roko Matjasic. Decíamos que fué un denodado trabajador. Con frecuencia la calidad de su obra se resintió de la extremada abundancia. El instinto, la vocación, la intuición creadora y la segura adquisición de los elementos técnicos, daban siempre a sus telas una indudable seguridad artesanal, un equilibrio cabal de los elementos que las constituían.

Pero, también, una pupila avezada a la contemplación estética podía advertir apresuramiento, relajamiento en la vigilancia y disciplina venidos de aquella facundia. En arte no es posible olvidar que la facilidad expresiva es mala consejera. El pulimento estilístico puede arrebatarse vida y espontaneidad a la obra. No es eso lo que pedimos. Exigimos tensión y—sobre todo—sometimiento al rigor constructivo.

Todo ello, empero, no puede hacer olvidar que Roko Matjasic logró telas de muy alta y noble jerarquía estética.

Su análisis profundizado exigiría amplio espacio de que aquí carecemos.

Intentemos una perentoria definición.

Digamos, para entendernos y sin pretender ser muy precisos, que su obra oscilaba entre el impresionismo y las escuelas que, posteriormente, han seguido ese camino.

Es decir, Roko Matjasic daba gran predominio al color. Era un colorista abundante y generoso. Colocaba la *pasta* en anchas estrías, modelando con ella las formas, dejando, en definitiva, que el empuje instintivo quedara señalado en sus visiones.

Roko Matjasic pedía al paisaje su acento lírico, su emoción. Gustaba de los aspectos pintorescos de la naturaleza, de los rincones floridos, de las imágenes cargadas de tipismo vernacular. Es curioso señalar que quien, por su nacimiento, pudo parecer ajeno a ese paisaje, dió de ese mismo paisaje una visión honda, emotiva y bastante enraizada a lo esencial.

A veces acentuaba las notas cromáticas y caía en desarmonías propias de la falta de reflexión. Se advertía que lo temperamental ahogaba la razón.

Por eso, nosotros lo preferíamos en las pequeñas anotaciones, en las que la naturaleza, sin perder su orquestación cromática, quedaba fijada en pocas pinceledas, desnuda de anécdota, en su esencia, sustantivamente aprehendida. El color era en ellas algo más puro y armónico. Realizaba una función autonómica y vivía por sí mismo. Los rojos y los verdes, los azules y los ocres, en sus distintas gradaciones tonales, permitían al pintor el logro de una más alta nota artística.

En sus retratos se advertían ciertas desigualdades. Los paños estaban ejecutados mediante la técnica de pinceladas sueltas, con un barroquismo de color que ponía en ellos dinamismo y gracia expresiva. Las carnaciones, por el contrario, ofrecían una superficie más tersa, apretada, de estilo táctil. Presentaban a veces cierta dureza y apresto. Creemos adivinar la razón de esa falta de congruencia estilística. El pintor se sentía preocupado por el parecido formal y reiteraba las pinceladas y la ejecución hasta apurar lo morfológico.

Hemos hablado de impresionismo y de escuelas posteriores. Recordamos, a este propósito, de su última exposición (Sala del Pacífico, 1949) *Composición*, N.º 10 y *Composición*, N.º

13 que estaban más acá del impresionismo. El título indicaba —en efecto— una liberación del tema. El pintor, que acusaba en ellas el influjo de Cézanne, por un lado, y de los *fauves*, por otro, daba la medida de su extremada sensibilidad. Con tales obras realizaba una vaga excursión a la plástica pura y, si bien el tema era reconocible, no imponía su dominio ni ahogaba la posibilidad creacionista.

Aparecía allí una preocupación ostensible: la de que la valorización estética naciera de la obra en sí y no de factores extrapictóricos. En una palabra, el artista inició en estas telas un nuevo modo estilístico que tendía a resolver problemas de formas, más que a narrar un asunto temático. Para trazar un ritmo de masas encerradas en el arabesco nítido, recurría a figuras humanas, que le permitían en su agrupamiento y dinamismo, llegar a soluciones afortunadas con respecto a la geometría interna de la obra, de la tectónica y de la composición.

En esta corriente de purificación de las formas Roko Matjasic pudo llegar a logros definitivos. La fatalidad de su destino no lo ha querido.

EXPOSICIONES

Miguel Alandía (Sala del Ministerio de Educación). Las obras al óleo de este artista boliviano cabe incluirlas dentro del *tremendismo* que, nacido en México, se ha extendido con diversa fortuna por los países americanos. Es este un estilo plástico equivalente, en buenas cuentas, al existencialismo literario y también al expresionismo centroeuropeo, sin olvidar lo que aquí hay de impulso vernacular.

El arte de Alandía está impregnado de fuerte beligerancia. No olvida el pintor lo que a la práctica es debido. Y así en obras como *Sequía* y *Conquista de América* la fuerza, la acentuación ideológica y el impulso combativo nacen, más que del tema y de la idea, de la realización plástica, de la deformación